

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA BICICLETA

Que ¿quién era la tía Isidora? Figúrense ustedes una vieja de sesenta y cinco años, ágil como un chiquillo, andadora más que el tren; dura más que el bronce, apergaminada y seca como una raíz de caña, charlatana más que un sacamuelas, pero de buen fondo y chapada a la antigua, de la que nadie diría que contaba aquella edad, dadas las fuerzas que conservaba, cuando debiera estar comiendo sopitas.

En diez o doce leguas a la redonda, en aldeas, cortijos y caseríos, todo el mundo la conocía; pues vendía telas, encajes, botones, peines, etc.

Tan célebre como ella era la «Bisicleta» de la tía Isidora, una burra prehistórica que necesitaba dos siglos para echar un paso y la máquina de un tren para subir una cuesta. Era inútil hartarse de darle palos a la «Bisicleta», porque aunque la picaran no alteraba su ritmo. Ni «Babieca», el caballo del Cid, ni el célebre «Rocinante», tenían la celebridad de la «Bisicleta». Todo el mundo tenía que reír con la burra.

—Tía Isidora, échele usted gasolina a la «Bisicleta», a vé si se convierte en automóvil.

—Tía Isidora, píale usted a Dios que mande un ciclón a vé si hace volá a ese bichito.

—Tía Isidora, ¿qué tié la «Bisicleta», que parese que se va mirando los callos?

—Tía Isidora, la burra de usted paese que va jasiendo carseta con las patas e trás.

Y la tía Isidora no se incomodaba por las bromas sino que contestaba:

—Pos mía tú, ya van más e veinte mil señoritos estripaos con esos automóvi que ahora se estilan y entoavía la tía Isidora no se ha caído de la «Bisicleta».

Le importaba a ella un comino llegar una hora antes o después a un pueblo. Un paraguas en el invierno la libraba de la lluvia y en el verano le quitaba el sol, y en cuanto a aburrirse en lo alto de aquella locomotora, no había cuidado, porque a los dos minutos ya estaba dormida como un lirón.

Júzguese el espanto de la tía Isidora, cuando ve que a la burra le da un dolor, se pone muy malita, la mira con ojos desencajados y se muere. La tía Isidora creyó que se moría también con la «Bisicleta».

Cuando se repuso del accidente, ¡no fué duelo el que armó!

—¡Ay mi «Bisicleta» de mi arma, y qué desgracia tan grande! Dios mio, ¿qué habéis hecho? ¿Qué jago yo ahora sin mis pies y mis manos? ¿A onde voy yo? ¡Hasta el animalito se dió cuenta e cómo me dejaba y me miró, como disiendo: ¡Ay Isidora mía qué negra te vas a vé!

Esto se lo contaba llorando a lágrimas viva a todos cuantos venían, y al venir el «Corbinero» con dos burros y una sogá para llevarse a la «Bisicleta» y enterrarla por lo «civi», como es razón que se entierren todos los animales, la tía Isidora armó el escándalo hache y alborotó a todo el barrio, como era de esperar, sin admitir consuelo de nadie.

Pasó toda la noche en vela, de la «inritación» tan grande, como ella decía, y al clarear el alba, se tocó su mantón, dispuesta a remover cielo y tierra, hasta «precurar» un trasto locomotivo, cualquiera que fuese.

Lo primero que se le ocurrió fué irle a contar el caso al Vicario del pueblo, que como era viejo como ella, ya se sabía que al amanecer estaba diciendo misa. Oyóla muy devotamente la tía Isidora (qué entre paréntesis) era muy buena cristiana y además era aquél día domingo; esperó a que el cura viniera al confesonario, y allí la primera se asomó a la rejilla.

—Padre Atanasio—empezó a decir la atribulada vieja—ya se habrá usted enterao de la desgracia tan grandísima de haberse muerto mi «Bisicleta». (Aquí le relató lo de la mirada de despedida). Como que sabía—prosiguió—como me dejaba. Imagínese usted a a San José bendito y la Santísima Virgen con su Niño, que se les muere la burra en medio del desierto, cómo se hubieran quedao aquellas tres criaturas de esaviás en aquel escampao. Po

lo mesmito, lo mesmito ma pasao a mí. ¡Ay qué desgrasia tan grande!

Y se echó a llorar tan desconsoladamente, que el Padre Atanasio se conmovió:

—Pero criatura, ¿me voy a meter yo ahora a chalán? Ni que fuera canónigo del Sacro Monte!

—Si no es eso, Padre, usted sabe que nunca le he importurao, y al revé, he traído aceite pa la lámpara y arguina que otra misita. A vé ahora si usted sabe de un arma güena, porque lo que es doce o catorce duros eso no lo junto yo endeje que me casé.

—Buenas están las almas buenas. ¡Catorce duros! ¡Y en estos tiempos! Pero, en fin, confíe usted en San José. Emiece usted los Siete Domingos, que milagros mayores lleva hechos el Santo.

Y no fué manudo el que le hizo a la tía Isidora. Confesó, comulgó, rezó los Siete Domingos, se hartó de llorar y se fué. Pero detrás de ella, ya bien entrada la mañana entró en la Iglesia un señorito, bien trajeado, con guantes, impermeable y bien cuidada cabellera, llena de cosméticos, y empezándose a quitar los guantes se acercó al confesonario.

Padre, vengo a confesarme porque estoy haciendo los Siete Domingos y no quiero perderlos, a ver si Dios le ablanda el corazón al padre de mi novia y me dan ya la entrada en la casa, si no ella va a morir de una pulmonía, y a mí me va a tener que coger el sereno convertido en rana. Yo no soy de aquí, he venido desde la ciudad, y...

Aquí siguió la confesión, que tuvo el siguiente epílogo:

—Padre, la noche antes, jugando en el casino X, gané doce duros haciendo fulleria. Yo los iba a devolver pero se me picó el amor propio, y... lo dejé. ¿Yo debo darlo a los pobres, o qué?

—¿Los dueños son desconocidos?

—¡Cualquiera sabe dónde están ahora!

—Pues délos usted a los pobres.

—Si usted fuera tan amable que se los diera en mi nombre, o a quien usted guste... Tómelos usted.

Y diciendo y haciendo, se los dió. El Padre Atanasio vió ya a la tía Isidora montada en su burra.

La del alba sería... cuando la tía Isidora salía montada en una nueva Bi-

sicleta, adquirida con el compromiso de no revelar su origen. Esta vez no iba durmiendo, iba mascullando Padrenuestro con un descomunal rosario.

—Tía Isiora, jesa es otra Bicicleta!

No, hijo, es la misma que se alevantó del moriero y se gorvió a su casa. A naide le tié cuenta el morirse.

Fr. CIRO

UN INTENTO REVOLUCIONARIO

En el cuerpo de guardia del Palacio Real de Bretonia hay un inusitado movimiento. Es que se ha recibido un aviso oficial de que sus altezas reales los príncipes Leopoldito y Rodriguillo han de bajar, con sus ayas y preceptores, a visitar las dependencias de Palacio.

El capitán y el cabo de guardia hacen grandes preparativos, malhumorados. Al fin, un lacayo anuncia:

—¡Sus altezas! ¡Que vienen sus altezas!

El capitán tose, se atusa el bigote y queda tieso como una estaca. El cabo no menos tieso, presenta armas. Y, al fin, aparecen sus altezas reales los príncipes Leopoldito y Rodriguillo.

Son unos niños de nueve y diez años, pálidos y aburridos. Visten marineras con grantes petos azules, y sombreros de paja.

Rodeando a sus altezas viene el aya, doña Eduvigis, de nariz de loro y lentes de concha; el «sumiller» de semana, don Ataulfo; el capellán; don Pío; el preceptor de Ciencias, varios lacayos, un periodista y un fotógrafo.

En seguida empieza la visita del cuarto, acompañados del capitán de guardia. Los principitos, con su continuo gesto de displicencia, van, envueltos en el pelotón de cortesanos, examinando distraidamente todos aquellos cachivaches gloriosos.

Al fin, llegan a una vitrina que hay en la pared del fondo, donde se guardan los más ilustres trofeos: banderas, cintas con divisas, coronas de laurel. El capitán abre la vitrina, que respira sobre el cuarto un fuerte olor de alcanfor y naftalina. Porque la gloria es inmortal; pero sus representaciones humanas sufren mucho con el ataque de la pólilla.

Los acompañantes de sus altezas, a la vista de los viejos trofeos, dogmatizan en amable competencia.

El capellán, don Pío, afirma gravemente:

—Fíjense sus altezas en la divisa: «Dulce et decorum est pro Patria mori». Noten la elegancia de esa superposición de adjetivos.

Y el «sumiller» interrumpe:

Vean sus altezas el laurel: símbolo de la gloria. Sus altezas deben aspirar perpetuamente al laurel.

Pero ya el preceptor de Ciencias aprovecha para intervenir:

—Por lo demás, se trata del «laurus novilis» de Linneo. Clase de las dico-

tilodóneas; orden de las dialipétalas superováricas. ¿Eh? En cocimiento de agua templada es un buen digestivo.

Los Principitos bostezan rítmicamente.

• Pero en esto el fotógrafo se ha acercado al «sumiller» y ha cuchicheado junto a su odio. El «sumiller» explica:

—Dice nuestro fotógrafo que sería muy interesante obtener una placa de sus altezas dando un beso a la bandera tomada por su ilustre abuelo en la batalla de Monte Desierto.

Todos aplauden la idea. Como la bandera está en alto y el Príncipe es pequeñín, es menester acercar una silla para que se suba. Se oyen indicaciones del fotógrafo:

—Inclínese un poco más hacia la bandera... Más... ¡Así!.. Ahora, emocióñese un poco.

El aya también interviene:

—Cuidé su alteza de no manchar de polvo su traje nuevo.

Al fin, su alteza queda razonablemente colocado, doblado como un arco y con las narices junto a la bandera.

—¡Quieto! ¡Quieto!

Al fin, se oye al fotógrafo:

—Ya está...

El «sumiller» le dá la mano para bajar de la silla, indicando mientras tanto al periodista:

No olvide usted advertir que esto del beso ha sido un rasgo espontáneo de sus altezas.

Ya van a retirarse, cuando el «sumiller» indica que sería muy conveniente que sus altezas cambiaran familiarmente algunas palabras con el cabo. Nada más del gusto de ellos: aquel figurón interminable, con su escopeta, su morrión y su plumero, ha sido lo que desde el primer instante ha herido más vivamente sus imaginaciones infantiles.

Los Principitos, pues, se abalanzan sobre el cabo, y le interrogan atropelladamente:

—Oye, tú, ¿la bandera va delante de todos en la guerra?... Dí, cuando se coge una bandera ya se ha ganado la batalla?

Luego indagan sobre la forma de hacer la guardia. Los ojos de los Principitos chispean de entusiasmo, y miran con honda envidia al soldado, mientras éste les explica cómo hay que estar toda la noche despierto y sobre las armas, y dar el «¿quién vive?» cuando se nota algo anormal, y, de cuando en cuando, dar el parte al superior:

«¡Sin novedad, mi capitán!»

Los Principitos comentan:

—¡Ay! ¡Qué bonito! ..

Pero el «sumiller» viene a cortar en seguida aquellos cortos momentos en que sus imaginaciones infantiles pueden volar libres por aquellas fantasías militares.

—Basta, basta. Que ya ha pasado minuto y medio...

En seguida el aya los empuja, tomándolos por una manga; y mientras lanzan una última mirada admirativa al soldadote lleno de colorines, la ola de lacayos, preceptores, etcétera, les arrastra hacia la puerta. Todavía, so-

bre el bullicio del grupo domina la voz de doña Eduvigis, que va dogmatizando:

—No rocen sus altezas un pie con otro... Téngase derecho... Miren, pero sin tocar...

Aquella noche, cuando el capitán y el cabo se tendieron sobre sus tarimas de madera con jergones de paja, junto al cuarto de guardia, comentaron con odio las escenas de la tarde.

Es de advertir que en Bretonia había malestar revolucionario. El odio, pues, turbaba los cerebros de aquellos hombres; sólo se guiaban por las externas apariencias, sin saber calar toda la tragedia de aquellos niños pálidos, asfixiados entre ayas y preceptores. Empezaron diciendo que no era admisible que aquellos Principitos anduvieran rodeados de servidores que atendían sus menores deseos, y que ellos, en cambio, les guardarán el sueño en aquella noche de nieve. Luego comentaron que, según se decía, sus altezas dormían en colchones rellenos de plumas de canarios y con sábanas de seda. Al fin, convinieron que era preciso que sus altezas durmieran en jergones de paja y ellos en los de pluma de canario; sólo así reinaría la igualdad.

Al fin, embriagados con sus propias palabras, decidieron iniciar ellos la gloriosa revolución aquella misma noche; darían un golpe de audacia; se apoderarían de los Principitos, y todo el Ejército les seguiría.

Sin añadir palabra, pues, subieron cautelosamente, con dos grandes pistoles, a los pabellones de sus altezas.

Un instante después, los conspiradores estaban ante la puerta del aposento de los Príncipes. Las rendijas aparecían iluminadas, y dentro se oían pasos. El capitán y el cabo miraron alternativamente por el ojo de la cerradura.

La escena era inesperada: la ventana del cuarto estaba abierta, y por ella entraban ráfagas de viento frío y salpicones de nieve. El Príncipe Rodriguillo, con un «pijama» de rayas coloradas, estaba, junto a la ventana, aguantando el frío, firme, inmóvil, con su escopeta de juguete. De vez en cuando, con inalterable seriedad se asomaba a la ventana y decía: «¿Quién vive?»...

Un poco más lejos, el príncipe Leopoldito, con «pijama» de rayas azules, se paseaba con el ceño fruncido; empuñando un sable de hoja de lata. De vez en cuando se acercaba a su hermano y preguntaba hoscamente: «¿Ocurre algo, cabo?»

Y el príncipe Rodriguillo se cuadraba y respondía: "Sin novedad, mi capitán".

Al fondo aparecía, blanco e intacto, el lecho de seda y de plumas de canario.

Los revolucionarios se apartaron de la cerradura y se miraron con un gesto de desengaño. Como un telón que se descorre, había aparecido ante ellos la imagen de la vida. Mientras ellos

subían desde el cuerpo de guardia, soñando con el lecho de seda y de plumas de canario, los Principitos, arriba junto a su lecho intacto... ¡soñaban con el cuerpo de guardia!

El cabo miró al capitán:

—¿Vamos?

—Vamos... —respondió el capitán lacónicamente.

Mientras desandaban su camino, ahora con las pistolas vergonzosamente escondidas, los dos revolucionarios hacían las mismas reflexiones. Tan feliz se era siendo Príncipe como siendo capitán o cabo de guardia. Todos soñaban con algo imposible...

Cuando llegaron al cuerpo de guardia los dos sonreían escepticamente. Sin hablar, comprendían ambos que sus sueños, revolucionarios se evaporaban como el humo de un cigarrillo. Se arrellenaron, pues, en sus jergones, que les parecieron más blandos y templados que nunca: tiraron de sus mantas, y un minuto después dormían como benditos.

Así terminó, en Bretonia, este intento revolucionario.

JOSE MARIA PEMAN

MI CRUZ

SONETO

Yo te pedí una cruz, y Tú me has dado
¡Oh Señor! una cruz que no pedía,
Mira si el concedérmela sería
porque te hayas, oh Dios, equivocado

Yo miraba mi mal y mi pecado,
y para remediarlo te exigía
la cruz de tu Pasión, donde pendía
tu cuerpo, todo amor, crucificado

Mas ya sé lo que fué: Tú me miraste
y tan pobre y tan ruín me conociste,
que de tanta miseria te apiadaste,
y al escoger la cruz, te contuviste,
y con la mala cruz Tú te quedaste
y la más dulce para mí escogiste.

Hermenegildo RODRIGUEZ

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y díjoles Jesús: Sed misericordiosos, como también es misericordioso vuestro Padre. No juzguéis y no seréis juzgados. No condenéis y no seréis condenados... y se os medirá con la misma medida con que midáis.

Sus discípulos escuchaban con asombro, cada día, las normas que su Maestro les enseñaba, originándose discusiones entre ellos, tratando de interpretar su verdadero sentido, que algunas veces daba origen a que Jesús de Nazaret, les aclarase sus torcidas interpretaciones.

Aquel hombre decía, a veces, cosas sorprendentes, que dejaba atónitos a sus discípulos fieles.

Más tarde, cuando el Espíritu Santo descendía sobre sus cabezas, todo quedó claro a sus ojos. La verdad descorrió el velo y sus inteligencias comprendieron sus palabras.

Qué fácilmente juzgamos a nuestro prójimo. Con qué ligereza opinamos de la vida de los demás, sacando consecuencias, a veces, monstruosas y originando con ello escándalo.

Opinamos con audacia, de la moralidad o inmoralidad ajena. Sabemos con *mucha certeza* de la falta de caridad de los demás. Criticamos su avaricia, que tenemos por segura. Hablamos con despreocupación de bienes mal adquiridos, de vidas poco honorables porque hemos visto una vez... y la lengua deja deslizarse tal vez una verdad, pero tal vez también, una calumnia.

Y nuestros comentarios en público, al juzgar a los demás, quedan en el aire, donde nadie los borra, destrozando una honra, una vida, u originando desastrosas consecuencias.

A veces, son ciertos, los comentarios. Y sin embargo, cuando la verdadera caridad cristiana sería acercarse al oído del pecador y aconsejarle con afecto, es precisamente al interesado a la única persona a quien hipócritamente se le oculta la *verdad sospechosa* o la calumnia vil que ha dejado correr en oídos ajenos.

Somos fáciles a comentar la vida de los demás. Sería mucho más provechoso, observar la vida propia y al encontrarnos defectos, decirnos a nosotros mismos nuestros pecados para corregirlos.

¿Qué adelantamos con la mordaz censura del prójimo? En verdad que el resultado positivo de nuestra insidia no produce ningún buen resultado. Ignorando quien puede corregirlo, sólo se adelanta, muchas veces, producir escándalo, con grave daño para los demás.

La caridad se manifiesta de muchas maneras. No solamente está en el socorro que damos al necesitado de medios materiales, sino también en aquellas personas que obcecadas en un ambiente de pasión precisan de escuchar la voz del amigo desapasionada que les da buen consejo porque lo han de menester.

Cuántas veces en el apasionamiento de nuestros momentos de alegría, cometemos errores que no apercibimos claramente, hasta que las consecuencias nos lo hacen lamentar o la voz del amigo, caritativa, nos dice con cariño que caminamos por camino peligroso. ¡Y cómo le agradecemos tarde o temprano el consejo que de él recibimos!

«No juzguéis y no seréis juzgados».
«No condenéis y no seréis condenados».

Y Jesús de Nazaret, continuó diciendo:
—...¿Cómo ves la paja en ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en el tuyo?

R.

Solución al Jeroglífico anterior:

“Mientras esperas

la entrada del partido”

CHARLA

El buen Cura Párroco de la pequeña aldea se siente agotado por el esfuerzo. Desanimado y triste, abre la puerta de su Iglesia: cierra tras de sí, y llega hasta el altar, abre el Sagrario y arrodillado... llora.

—¡Señor, mi voz, es también voz que clama en el desierto; mis fieles no quieren oírme, no acuden a su parroquia...

Y entre el pobre párroco y Dios en el Sagrario se entabla un diálogo de dolor y de consuelo.

—Ya ves, Señor, en este pueblo muy pocos vienen a cumplir con la obligación sagrada de oír Misa los domingos. Dicen que sus ocupaciones no les deja.

—Veo tus penas, hijo mío; háblame y cuéntame tus fracasos y también tus éxitos.

—Son todo fracasos. En esta pequeña aldea cuyas almas me están confiadas, los intereses materiales y egoístas son el todo.

—Pero no olvides, que son hombres y tienen corazón. Háblales al corazón y responderán.

—Lo hago siempre. Y se disculpan con sus obligaciones del campo y de sus ganados. Dicen...

—No importa. Tú sigue hablándoles al corazón.

—La Iglesia está pobre. Le falta todo y me apena esta pobreza de tu mansión que debía de ser magnífica.

—No olvides que yo nací en un pesebre y prediqué y viví con los humildes.

—Pero, por lo menos, lo más necesario para poder honrarte, Señor.

—No tuve vestidos, y pasé hambre y sed en la tierra.

—Yo quisiera algo de ayuda para poder también atraer a los niños y que acudan al Catecismo a conocer tu doctrina.

—Atráelos con amor y pídemelo... y yo te concederé.

Pido a los de este pueblo y se hacen sordos a mi petición. Ellos no me ayudan nada. Ya sabes bien, que de mi comida he dado hasta lo necesario, a veces, por dar a los demás. Y pasé hambre; pero...

—Ese es tu gran sacrificio y tu gran mérito. Ten fé y serás recompensado. Yo lo veo todo y te pagaré cuanto haces por los demás.

Me apena también el abandono que los padres hacen de sus hijos. De pequeños, son aprovechados por los padres para el trabajo sin que se ocupen de educar su alma, ni dejan tampoco que yo lo haga; pues el trabajo, dicen, no les da lugar.

—No desmayes; sigue tu lucha, predica por los caminos y a todas las gentes. Tu ejemplo, lleno de virtud, también es predicar.

Pero no veo ningún resultado. La Iglesia siempre está vacía y pobre.

—No importa. Yo sólo veo el resultado de tu obra.

—Que no es ninguna.

—Tú qué sabes. Es más de lo que crees. Mucho más.

¡Señor!..

—No lo dudes. Yo veo los corazones de tus feligreses y leo en ellos cada día una nueva inclinación al bien. Sigue, sigue adelante; no desmayes.

—Me faltan fuerzas y me veo muy solo.
—Yo estoy contigo. No te preocupes de recoger la cosecha. El buen sembrador siembra en todos los surcos y espera que si no es él otro vendrá detrás y recogerá el fruto.

—Pero el grano de mi siembra no germina.

—Aun es tiempo. La tierra era muy dura cuando empezaste a sembrar. Pero yo que veo la semilla, veo también que está prendida y pronto empezará a florecer.

—Gracias, Señor mío. Me das ánimos. Voy reconfortado y desde ahora no echaré más mi vista para mirar si la Semilla ha germinado. Yo soy sólo sembrador. El fruto... tú lo recoges, Señor.

DON JUSTO

Comentando

Discos dedicados

Este siglo de cabezas huecas, nos lleva por derroteros inconfundibles al caos y a la barbarie. La educación ciudadana, la gentileza, la histórica galantería y caballerosidad, la corrección, el buen gusto, y tantas y tantas cosas más por el estilo, sólo quedan registradas en los anales de la historia, y quizás en el recuerdo borroso de los que ya vamos para viejos.

Todos los siglos se distinguen de los anteriores por algún timbre, algún sello particular, algún... «algo» que en ellos se hace consustancial y típico, y el que por desgracia vivimos se pasa a la Historia con ese «algo» particular bastante ridículo y vacío. Este es el siglo de los «ex», del negroide, de la venta de futbolistas, de las piruetas internacionales, de la vaca lechera y de los discos dedicados.

Antes los duros eran discos y los discos

eran duros; y perdonen el retruécano. Ahora los duros son cuadriláteros de papel malo y los discos no parecen ser duros para quien los dedica. Porque ahora se dedican los discos cariñosamente. Antes, a lo más, se los rompían en la cabeza unos y otros. Enhorabuena a las Emisoras que tal cosa inventaron para vaciar el bolsillo de los ingenuos aldeanos y de las romantizadas menegildas.

¿Que por equivocación estornudó dos veces su novio?... pues se le dedica un precioso disco de esos de «se va a Covadonga», o cosa por el estilo, y el enfermo se cura maravillado de la feliz ocurrencia de su futura... que Dios haga. Las fiestas más íntimas de familia se dan a conocer a todo el pueblo por medio de estos discos dedicados. ¡Oh invento maravilloso el de la Radio! Y la intimidad pasa a ser el ridículo público número uno. ¿Se casó papá hace veinte años? Pues su disquito correspondiente. Una cosa en consecuencia con sus refinados gustos. ¿Y si papá no cumplió como los buenos con todos sus compromisos durante estos veinte años? Pues «se va a Covadonga».

Esta cursilería, gracias a Dios, se va corriendo hacia las aldeas y dejando de preocupar a los de las ciudades, pero son los de estas los que tienen que sufrir día tras día el absurdo de los conciertos escogidos por los que, por falta de preparación, no pueden escoger un programa ni malamente mediano. ¿Es esto justo? Yo creo que la Radio, lo mismo que los periódicos, tienen una obligación que cumplir de carácter docente. Estos organismos, si no se dedican a enseñar el buen gusto, a encauzar debidamente la afición, a educar, en una palabra, al pueblo, son organismos nefastos y que sobran en la esfera social. Y no crean que la música es una cosa de segunda categoría. Hay un refrán

castellano sabio como casi todos los refranes castellanos, que dice que la música amansa las fieras. Esto es verdad. Acostumbrado un espíritu al buen sentido de la música, se hace más sociable y más atractivo.

Tienen las Emisoras la disculpa de que esa música es la que exigen las masas. Lo acepto; pero si es esa la que exigen, es que no se las educa debidamente para que la repudien. Aunque les guste más la música buena, prefiere ésta, no porque le guste más, sino por lo que de sugestiva, sensual, y de juerga tiene. Por eso hay que ir acostumbándola poco a poco, en su propio beneficio... y para descanso de los que, gracias a Dios ya estamos civilizados... a la antigua. Y no crean mis amables lectores, que es esta toda mi opinión, respecto a los discos dedicados, ha quedado mucho en el original, debajo del lapiz rojo de la censura de nuestro amable Director. ¡Si estará él complicado en lo de los discos dedicados!

HERO

Ornamentación Religiosa Artística



Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen

VALENCIA

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades **INTEGRAMENTE** a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)